

Anguivela (Hoja 173-Tafalla). Cota de 787 m. de altitud a 4 kilómetros al W.NW. de San Martín de Unx. ¿Será "Ar" la primera sílaba real del topónimo?

Montico (Hoja 173-Tafalla). Paraje a 1 k. al E. de Pueyo.

El Ardil (Hoja 174-Sangüesa). Cota destacada de 750 m. de altitud a 1,5 k. al N.NE. de Eslava.

Muga Zuria (Hoja 174-Sangüesa). Fuera de límites municipales a 4,5 k. al W. de Gallipienzo.

Torre de Peña (Hoja 174-Sangüesa). Cota de 505 m. destacada, a 4,5 k. al E. de Cáteda.

Vallardemoros (Hoja 204-Logroño). En ladera redondeada y destacada a 8 k. al W. de Lazagurria (Navarra).

La Mesa (Hoja 205-Lodosa). Interesante paraje de 458 m. de altitud, junto a Zabaleta y a 7 k. al W. de Sesma.

Castillar II (Hoja 205-Lodosa). Cumbre de cerro, de 442 m. de altitud, dominando el Ebro, a 3,6 k. de Lodosa.

Monarriz (Hoja 207-Sos del Rey Católico). Cota de 448 m. de altitud, dominando el río Aragón, a 7 k. al SW. de Carcastillo.

Torrueco (Hoja 207-Sos del Rey Católico). Cota de 459 m. de altitud, a 2,5 k. al S. de Carcastillo.

Montecillo (Hoja 244-Alfaro). Cota de 378 m. de altitud, sobre el río Aragón, a 1,5 k. al N.NW. de Milagro.

El Montico (Hoja 244-Alfaro). Topónimo, que se repite tres veces, a 3 k. al SE. de Marcilla.

Montecillo (Hoja 244-Alfaro). Paraje a pocos cientos de metros al E. de la estación ferroviaria de Milagro.

Montecillo (Hoja 320-Tarazona). Paraje navarro a 1 k. al SE. de Ablitas.

Jesús ELOSEGUI

51.- Aves del Urola (Guipúzcoa) ⁽¹⁾

Evocando un duelo a muerte

Al quedarse solo, recordó Matxin, no sin cierta melancolía, la fiera disputa que presencié, entre dos budytes machos por la posesión de una hembra.

Una pareja de budytes llevaba varios días buscando afanosamente dónde colocar su nido entre los viejos muros del puente Jausoro,

(1) Continuación de la nota n.º 46 (MUNIBE 1956, págs. 140/142).

donde anidan todos los años invariablemente, escogiendo algunas de las muchas guirnaldas de yedra que caen graciosamente sobre el río dando al puente un bello aspecto no exento de rusticidad.

De vez en cuando aparecía por aquel lugar, un tímido machito de la misma especie, de timbre dulce y agudo, que enamorado de la hembra, venía a enturbiar ligeramente las relaciones amorosas de la pareja.

La decidida actitud del robusto macho ante los intentos de penetración de su rival, ponía en veloz fuga al pobre intruso que no se atrevía a enfrentarse, aunque menudeaban cada vez más sus incursiones según se acercaba el periodo de reproducción.

Una de aquellas radiantes mañanas de la primavera, en que soplaba un tibio aire del sur, mostrábase muy nervioso nuestro machito: presentábase una y otra vez en las cercanías del puente cantando con frenesí, pero ante las maneras poco amistosas de su rival, huía rápido río abajo para retornar al momento.

A media mañana, mientras el macho se afanaba en su labor entre el enmarañado follaje de yedra que cubría el muro, la hembra hacía su "toilette" sobre el pretil del puente que el sol doraba con sus primeros rayos.

Apercibido el machito de la coyuntura que se le presentaba para acercarse a la hembra que tanto le apasionaba, lanzándose rápido, se presentó junto a ella, apuesto y valiente. Era un pajarito espigado, de esbeltas líneas que parecía caminar sobre el pretil del puente como si marchara a los acordes de un minué cortesano; acercóse a la hembra dirigiéndola con pasión sus más bellas melodías con voz dulzona que parecía salir de la flauta de un encantador de serpientes... Ante semejante osadía, la hembra, entre halagada y asustada, lanzó un agudo gorjeo que al momento hizo acudir al macho. Alejó de allí a su hembra espantándola de un picotazo y lleno de ira atacó a su rival. Sorprendido el elegante machito por el rápido ataque de su enemigo, aceptó la lucha y engarzándose en fiera lucha, rodaron ambos por la calzada del viejo puente.

Llevaban un buen rato de feroz combate cuando el paso de un transeúnte los separó momentáneamente; poco más arriba volvían a arremeterse con más ahínco... En sus furiosas acometidas se elevaban unos cuantos metros para volver a caer rendidos entre peñascos y zarzales. Entretanto sobre el puente aumentaba el número de curiosos que con sus exclamaciones animaban el singular combate.

Mientras los machos sostenían su lucha a muerte, la hembra mostraba extraña indiferencia. ¿Confiaba, tal vez, en la superioridad de su macho, verdadero "morrosko" de su especie, o acaso ocultaba sus preferencias por el esbelto intruso?... Aparentando estar al margen del desafío, tuvo la desfachatez de bañarse lindamente en la fresca corriente de una pequeña cascada, y ejecutar seguidamente unas volteretas en el aire, incitando las pasiones de los luchadores que por ella se debatían.

Llevaban cerca de una hora en su agotadora lucha a muerte, cuando extenuados y ensangrentados se enfrentaron en el rincón denominado "Aitz-Zabal".

Paulatinamente perdían vigor sus acometidas, pero era visible el odio que les cegaba. En una de estas arremetidas, ambos cayeron en un pequeño charco, momento que aprovechó el brioso macho para dominar a su rival.

Iba a terminar con el a no ser por la intervención de un grupo de espectadores que acercándose al lugar del duelo pusieron en fuga al vencedor, lanzándole unas pedradas que le contuvieron a raya.

Poco después el desgraciado machito salía tambaleándose del charco, con un ojo destrozado y en desorden su plumaje: salpicaduras de sangre enrojecían el charquito de "Aitz-zabal". Un sentimiento de compasión cundió entre los numerosos curiosos que siguieron desde el pretil del puente y desde la carretera las incidencias de esta lucha... A los pocos minutos reaccionó nuestro pobre machito, arreglando como pudo su desordenado plumaje. Mientras tanto, su orgulloso y altanero rival demostraba todavía sus ansias de acometerle, pero frenaba su furia la presencia de unos espectadores cerca del machito, que éste aprovechaba para reponer sus fuerzas. Un momento después, el solitario budytes, triste y maltrecho, dándose por vencido, emprendía la retirada del terreno de la lucha, volando aguas abajo; pero su sañudo rival, al divisar sus movimientos, se lanzó en pos de él como un halcón, alcanzándole cuando atravesaba el arco central del viejo puente de Jausoro; derribole de un furibundo zarpazo, precipitándole a las frías aguas del Urola.

El desventurado machito pudo ganar la orilla refugiándose entre unas matas, sacando fuerzas de su flaqueza...

Varios de los que presenciaban la escena, percatados del peligro que corría al quedar a merced de su iracundo rival, hicieron lo posible para alejar de aquel peligroso lugar al maltrecho paja-

rito; pero resultando inútiles sus esfuerzos, un mozalbete se aprestó a cruzar el río para ahuyentarlo de su escondite: colgando del cuello sus alpargatas y remangando sus pantalones, llegose al pajarito acercándosele con visible emoción, alargó su brazo poco a poco, cogiólo en la mano, y dirigiéndose a sus compañeros con visible pena exclamó: ¡llda dago!!...

Un ligero estremecimiento sacudió a los presentes, que se dispersaron silenciosos.

Martín ICIAR

52.- Más datos sobre el trillo.

Estas notas del Sr. Peña amplían las que nos enviaron los Sansinenea, Dell'Oca y Barandiarán que fueron publicadas en la sección "Crónica de Historia Natural". números 34, 40 y 41, páginas 152-153, 228-229, 230-231 de MUNIBE de 1955.

Informe facilitado en Saldaña (Palencia), cabeza de una extensa y rica zona denominada La Vega de Saldaña, a orillas del río Carrión, por don Santiago Cordero, habitante en el Barrio de San Martín, Saldaña, el día 20 enero 1957.

Hacia mediados de junio, cada año se van concentrando más de 50 trilleros en la Villa de Saldaña; todos proceden del pueblo CANTALEJOS (Segovia), y llevan con ellos sus carros conducidos por hermosos mulos, a sus mujeres y a sus hijos. Hasta el día de San Pedro no sacan su mercancía a la venta, y lo hacen montando una gran exposición en la Plaza de la Villa, vendiendo los trillos a precios que oscilan entre las 600/800 pesetas, según el tamaño. Terminada la venta se separan en pequeños grupos y recorren la zona vendiendo los trillos que les sobraron,

Los trillos están contruídos con madera de pino y multitud de lascas de silex.

También se dedican a reparar los trillos viejos y deteriorados. Cogen guijos del lecho del río Carrión y los trabajan golpeándolos uno con otro hábilmente sacando pequeñas lascas que luego colocan en la herramienta, sujetándolas a presión en las hendiduras, valiéndose de un martillete con las que golpean; el mismo